

PRESENTACIÓN

Deontología Profesional para Historiadores quiere responder a las reiteradas sugerencias de mi querido alumnado del primer curso de los Grados en Historia, Historia y Ciencia Política y Gestión Pública, Historia y Economía, e Historia y Turismo, de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Rey Juan Carlos, a lo largo de los años académicos 2010-2011, 2011-2012 y 2012-2013, para convertir los materiales de estudio, las propuestas de comentario de texto, y las sugerencias de lectura para recensión y de cine para comentario, en un trabajo sistemático de investigación y, al tiempo, en un texto docente, susceptible de aplicación en la dinámica cotidiana de la clase, en el diálogo, en el debate, y en la maduración de una perspectiva de la historia, de su construcción científica, y de su docencia, que pueden y deben estar en permanente renovación.

El impulso de mis alumnos, vocacionales estudiantes de historia a despecho de todos los presagios funestos, voraces lectores, apasionados por el cine, ha resultado determinante para que la creencia en el deber del científico y del servidor público, singularmente cuando se ocupa de los hombres en sociedad y en el tiempo, y a la luz de la aplicación de fuentes de conocimiento inagotables, como las literarias, o las audiovisuales, se haya materializado, finalmente, en esta contribución monográfica. Por eso deseo expresar a los inminentes historiadores de la Universidad Rey Juan Carlos mi gratitud, querida y sentida.

La obra se corresponde con diez unidades temáticas que responden a una misma estructura. Se desglosan en un bloque teórico y en un bloque práctico que, a su vez, incluye tres propuestas de texto para comentario, una película comentada, y un libro dotado de su propia recensión. La referencia de los textos es bibliográfica, y anota su lugar y fecha de edición, mientras que la datación de películas y libros que van acompañados de su propia recensión se corresponde con el año de su rodaje o de la publicación de su versión original, pudiendo consultarse en bibliografía, en el último supuesto, la edición que se ha manejado. Entiendo que, de esta forma, este libro podrá convertirse en una obra de lectura, pero también en un material de trabajo y de estudio.

Esta obra obedece a un propósito singular: acompañar al lector, y sobre todo al estudiante, en la consolidación de una concepción dinámica de la historia, al fin y al cabo, y sobre todas las cosas, la ciencia del cambio, y de su enseñanza.

Pero singular resulta, y por todos los conceptos, la historia y su docencia. Treinta años después de iniciar mis estudios de historia, el siempre inolvidable curso 1982-1983, he regresado al momento de la decisión universitaria. De la elección vital que, hoy, me devuelve al comienzo de todo: de la vocación académica, investigadora y docente, tan nítida como entonces; del afán de comprender, de cumplir con el deber, y de ser útil. He regresado al principio, como quería siempre Aldo Moro que hiciéramos los servidores públicos. Y, como T. S. Eliot decía en los *Cuatro Cuartetos*, he regresado al punto de partida para conocerlo por primera vez.

Y regresar al punto de partida me permite expresar, con serena rotundidad, una convicción: mereció, siempre, y por todos los conceptos, la pena. Merece la pena la historia. Los historiadores que empezáis a ser, que sois y que seréis, no os habéis equivocado. Jaroslav Seifert se preguntaba en *Toda la belleza del mundo* si, frente a la idea de que todas las cosas del mundo eran bellas, y la misión del poeta era dar forma a la belleza, no era más cierto que las cosas del mundo no eran necesariamente bellas, pero las que elegía el poeta permanecían.

Creo que el poeta de Praga acertaba en el diagnóstico. Pero se equivocaba en el protagonista. No es el poeta, sino el historiador, el responsable de elegir cuánto perdurará lo bello, y perdurará para tratar de vencer al tiempo fugitivo. Entre otros motivos, porque el historiador es también el catalizador de todas las artes, de todas las formas de la creación. Como el aviador irlandés que en el poema de Yeats presiente su muerte, la conciencia de la finitud se compensa ampliamente cuando se vive la vida de quien disfruta del privilegio de interpretar su propio impulso y su íntima vocación. Todo queda ya ordenado por el recuerdo.

En Torrelavega, 19 de mayo de 2013